

ESTADO RUSO E IGLESIA RUTHENA

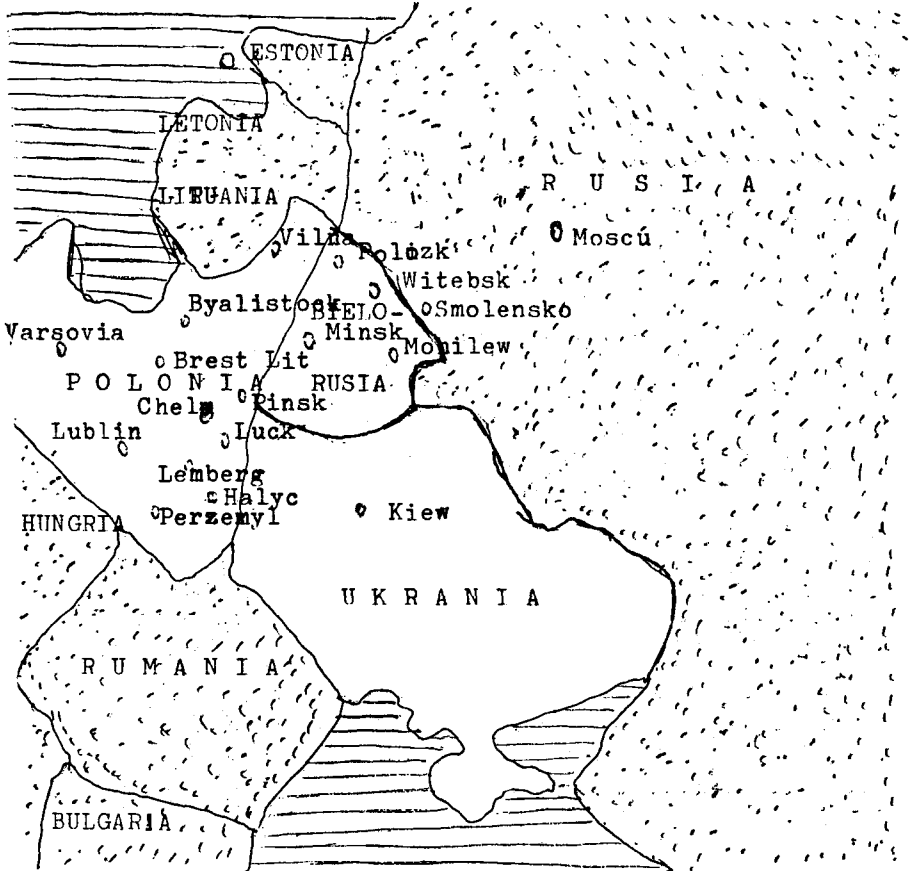
(I)

Completamos con este estudio el que hemos hecho poco ha sobre el Estado ruso y la Iglesia ucraniana, ya que los ucranianos han de considerarse también primitivamente como ruthenos. Con este nombre de ruthenos, en eslavo «russiny», se designaba a los Pequeños Rusos eslavos del oeste y suroeste de Rusia, y a algunos otros grupos que se reunieron en la Galitzia austro-polaca, en algunas regiones de Rumania, de Checoslovaquia, Polonia, Hungría y la Subcarpacia. Kiew era su centro tanto civil como religioso. Hemos estudiado ya el desarrollo histórico de la Iglesia ucraniana tanto en su región oriental (Ukrania propiamente dicha), como en la occidental (la Galitzia austro-polaca). Ya decíamos allí que en la terminología de la Curia Romana, y lo mismo en la Real Cancillería polaca, se designaba con este término de ruthenos a los cristianos de rito bizantino-eslavo residentes al oeste de la línea que va de los alrededores del alto Dvina al bajo Dnieper. Un núcleo étnico, origen del futuro pueblo ruso, esparcido por las regiones de Ucrania actual, tierras centrales de Rusia, y la llamada Ruthenia Blanca, o Bielorrusia.

Sometidos muchos de ellos luego al Estado de Lituania en el siglo xiv, fueron uniéndose en varias ocasiones a Polonia, a la que quedaban definitivamente incorporados en el 1501. Luego hubieron de seguir las vicisitudes de la misma Polonia, tantas y tan trágicas, del siglo xviii en adelante. En diciembre de 1595 y en 1596 hacían oficialmente un buen grupo de ellos su entrada en la iglesia católica en Brest Litowski, pueblecito situado en los confines entre Lituania y Polonia¹. Su ejemplo lo imitaron en 1642 los ruthenos de la región subcarpática, y en 1701 las diócesis ruthenas de Presznil y de Lvov.

¹ Véase el estudio más detenido de esta unión en nuestro estudio anterior sobre la Iglesia ucraniana.

IGLESIA RUTHENA (BIELORRUSIA)



Como también dijimos allí, hoy todos estos grupos, más bien que con el nombre genérico de ruthenos, se designan con los específicos de bielorrusos, eslovacos y ucranianos. Conservaron, sin embargo, el nombre originario de ruthenos los que viven en la Subcarpacia, y los emigrados de esta región a América y a Yugoslavia. La Ruthenia subcarpática está hoy incorporada también a Rusia, en su República ucraniana, con la denominación de Provincia Transcarpática.

Los bielorrusos y blancorrusos, también llamados blancorrutenos, pertenecen a los eslavos orientales. Han pertenecido en la historia a diversos Estados circunvecinos: Lituania, Polonia y Rusia. Forman hoy la República soviética bielorrusa, con una superficie de 207.600 Km². Su número total en toda la Unión Soviética puede llegar a unos 8.000.000. Son también numerosos los emigrados. Kiew era en un principio su capital religiosa, y quedaría dividida en dos Metrópolis después del Concilio de Florencia, en el que se aceptó la Unión. El metropolitano Isidoro de Kiew no fue recibido por sus fieles al regresar de Florencia, y hubo de huir de la misma Rusia. Los metropolitanos del territorio propiamente ruso tomaron el título de metropolitanos de Moscú, y se proclamaron autocéfalos; los del reino polaco-lituano continuaron con su título originario de Kiew. El sucesor de Ignacio, metropolitano Gregorio, aunque lo intentó, no pudo hacer valer su jurisdicción, pero moriría católico en el 1472. Su sucesor, Misail Prucki, elegido en 1476, católico también, comunicó a Sixto IV su elección; luego sus ulteriores sucesores volvieron a la Ortodoxia rusa y a la jurisdicción de Constantinopla. Hemos dicho que en el Sínodo de Brest Litowski abrazaron la unión con Roma en 1595, conservando en su integridad el rito eslavo-bizantino.

Los ruthenos subcarpáticos.—Pueden quedar englobados bajo este epígrafe los ruthenos (éstos sí que conservan su nombre primitivo) de las regiones orientales de Eslovaquia, Rumania y Hungría, y que situados en la región carpática, han sido objeto en sus territorios de distintas reclamaciones nacionales. Hoy están integrados en la Unión Soviética, con las persecuciones correspondientes comunes a todos los ruthenos. Los centros claves de esta región subcarpática anexionada a la República rusa ucraniana, con el nombre de Provincia Transcarpática, son Mukacevo, Uzhórod y Presov. Unidos a Roma con los demás ruthenos, después de la guerra mundial primera se desarrolló un movimiento cismático que arrancararía, muchas veces por la fuerza, no pocos fieles a la jurisdicción romana. Primero pasaron a la jurisdicción servia hasta 1944, y desde esta fecha a la Iglesia Ortodoxa rusa. La última guerra trajo consecuencias desastrosas para la Iglesia ruthena subcarpática unida. El ejército ruso entró en Uzhórod en octubre de 1944, y en 1945 todo este territorio era cedido por Checoslovaquia a la Unión Soviética. También la Iglesia uniata quedaría oficialmente unida a la Ortodoxa rusa a partir de 1949.

Los ruthenos emigrados.—De todas las regiones ruthenas consideradas, incluyendo la ucraniana, como hemos estudiado ya, han ido emigrando

no pocos ruthenos, ortodoxos y católicos, sobre todo a América, donde tienen establecida, unos y otros, su propia jerarquía².

Hacia la destrucción de la Unión de Brest

Los ortodoxos moscovitas habían de poner en juego todos los medios a su alcance para hacer fracasar esta unión sellada en Brest Litowski. Uno de sus jefes, el poderoso príncipe Ostrogoski, después de haber inundado de panfletos difamatorios contra los católicos todo el país, hizo causa común con los protestantes de Polonia y con los cosacos de Rusia. Los rebeldes fueron aplastados por Segismundo III, en 1607, pero la lucha continuaba sorda con tal intensidad que una buena parte del bajo clero rehusaría reconocer la autoridad de sus obispos. Era el año 1609. Dos hombres sobre todo, contribuirían a pacificar entonces los ánimos: el metropolitano José Velamin Rutschij y San Josafat Kuncevicz, obispo de Polotk. No se rindieron los ortodoxos. En 1620 decidieron oponer una jerarquía ortodoxa a la jerarquía uniata, que se vio obligada a reconocer al rey de Polonia ante los acontecimientos políticos. Con la ayuda de los cosacos se recrudeció la lucha abierta, y en ella sería asesinado el propio San Josafat, el 12 de noviembre de 1623.

En 1624 prohibía el papa Urbano VIII que ningún rutheno pasara al rito latino sin una autorización especial de Roma. Medida excelente, pero ya un poco tardía, pues casi toda la nobleza, educada en los colegios de los jesuitas, había abrazado el citado rito, abandonando el propio bizantino. En cambio, el pueblo veía en la conservación de su rito como una cuestión de carácter nacional. El conflicto se enconaba, pues los polacos en particular, los consideraban como un elemento inferior, de segundo orden. De ahí que los obispos ruthenos carecieran de determinados privilegios que se concedían a los latinos. Se añadía que el rito bizantino entraba en cierta decadencia por la insuficiencia de seminarios que dieran una formación completa a los sacerdotes unidos.

En Bielorrusia

Cuando se firmó la unión de Brest, ni Ucrania ni Bielorrusia estaban bajo dominio político ruso, sino polaco. En todo caso, esa unión de Brest fue combatida desde el primer momento con todo tesón por parte de Rusia.

² Como bibliografía general, véase nuestra obra *Iglesias de Oriente*. II. Repertorio bibliográfico; «Ruthenos», 325-328, con 10 obras reseñadas; «Blancorrutenos», 328-333, con 17 obras, y «Ruthenos subcarpáticos», 341-344, con cinco obras.

En aquellos primeros años, la oposición había de ser naturalmente indirecta, sosteniendo por un lado materialmente el estado de cisma, y enfrentado por otro, a ortodoxos y uniatas dentro de Polonia. Y cuando el poder de Polonia comenzó a debilitarse hacia la segunda mitad del siglo XVIII, empezó asimismo Rusia a presionar a las autoridades polacas en contra de la unión pactada. Pero veamos el desarrollo histórico de la Iglesia en la misma Bielorrusia.

Sus habitantes pueden llamarse indistintamente blanco-ruthenos, rusos blancos o bielorrusos. Pertenecen a los eslavos orientales.

El cristianismo comenzó a penetrar en sus territorios en el siglo X. Tenían una situación geográfica privilegiada en el paso comercial entre el Báltico y el Mar Negro. Prevalció sobre todo una corriente cristiana procedente de Bulgaria, con su influjo bizantino-eslavo. Y de Bulgaria llegarían los primeros misioneros, y los primeros libros litúrgicos a través de la Iglesia de Kiew, con la que quedaría la de Bielorrusia estrechamente ligada. Desde el año 989 puede decirse que quedaba el cristianismo proclamado ya como la religión oficial, cuando el príncipe de Polock, Iziaslav, y su madre Rahnieda recibían el bautismo. A esa misma época se hace remontar la fundación de las dos Eparquías de Polock y de Turov. Cuando años después desaparecía el patriarcado búlgaro, los bielorrusos se acogían al de Constantinopla, que en el 1039 designaba ya un metropolitano para Kiew, y para toda la Rusia, esto es, para todos los eslavos orientales.

A mediados del siglo XIII todos los principados bielorrusos o blanco-ruthenos quedaron integrados dentro de un único y potente Estado, llamado el Gran Ducado de Lituania, con capital propia en Novahradak (Novogrodek). En el siglo XIV comprendía los territorios de la Blanco-Ruthenia o Bielorrusia, la Samogizia (Lituania) y una buena parte de Ucrania. Y en el 1386, como consecuencia del matrimonio del gran duque Ladislao Jagellon (Johajla) con la princesa polaca Edvigis, se llegó a la unión política entre el Gran Ducado y Polonia, unión que se conservó hasta el 1772.

Su primera autonomía religiosa

Esto en cuanto a su aspecto político. En su aspecto religioso los príncipes del Gran Ducado, una vez que se proclamaron independientes en su gran Estado, buscaron desligarse de la jurisdicción del metropolitano de Kiew, pidiendo al patriarca de Constantinopla un metropolitano propio. Y efectivamente, en el 1291 el patriarca Juan Gljcas creaba la Metropolía de No-

vahradak, que comprendía tres Eparquías: Novahradak, Polotsck y Turov. Hacía entonces el número 83 de las Metropolias bizantinas. Tan sólo llegó a tener un metropolitano, llamado Teófilo, muerto en el 1330. En el entretanto, los metropolitanos de Kiew habían trasladado la sede metropolitana, primero a Vladimir (1299), y luego a Moscú en el 1325, ejerciendo su jurisdicción hasta los territorios mismos de Bielorrusia contra la oposición de los príncipes lituanos. Los bielorrusos intentaron conseguir del Patriarcado la elección de un metropolitano propio con título de Kiew, pero con residencia en el territorio bielorruso. Así se siguió un período de irregularidad, en función de la mayor o menor influencia de Lituania o de Moscú, en el que se nombraban metropolitano por este o aquel príncipe, con jurisdicción sobre todos los eslavos orientales. Los más importantes fueron en esta época Cipriano fallecido en el 1406, y Gregorio Tsamblak fallecido hacia el 1420. Este último asistió incluso al Concilio de Costanza, pero no se unió formalmente a la Iglesia católica.

Después del Concilio de Florencia (1439) se llegó a la división definitiva de la Metrópoli de Kiew. Los metropolitanos del territorio ruso tomaban el título de Moscú, después de la *autocefalia* de esta Iglesia en el 1448; y los metropolitanos del Reino polaco-lituaniano continuaron utilizando su título eclesiástico de Kiew. Primer metropolitano kioviense de Bielorrusia, después del citado Concilio, fue el metropolitano Gregorio, compañero de Isidoro de Kiew. El metropolitano Gregorio intentó incluso extender su propia jurisdicción aun hasta el Gran Ducado de Moscú. Moriría dentro de la comunión católica en el 1472. Hablaremos más detenidamente de ello en el capítulo de Ucrania.

Su sucesor Misail Prucki, elegido en el 1476 en un Sínodo de Obispos reunido en Novahradak, siguió asimismo la unión católica, y dio cuenta de su elección al papa Sixto IV. Sus sucesores volvieron a reconocer la jurisdicción de Constantinopla, rompiendo esas relaciones de amistad y unión con la sede de Roma.

Acercamiento a Roma en el siglo XVI

Hacia fines del siglo XVI fue acentuándose cada vez más un movimiento de acercamiento y unión con Roma, hasta que se llegó a la unión de una gran mayoría de bielorrusos en el Sínodo de Brest-Litowski (1595-1596). Durante el siglo XVII los fieles de la Metrópoli unida de Kiew eran bielorrusos en su mayoría, y los arzobispos de Polock quedaban como automáticamente designados sus propios metropolitanos, mientras los de los ortodoxos seguían con su título metropolitano de Kiew. Hacia el 1700 también los ucranianos

de la Galitzia aceptaron la unión; desde entonces los bielorrusos venían a constituir como una mitad de los unidos a Roma. El centro de la Metrópoli unida seguía establecido en Bielorrusia, pues los metropolitanos residían normalmente en Novahradak, o en Vilno, o en alguno de los monasterios cercanos. Eran escogidos de entre los monjes basilianos, que venían a ser como el sostén espiritual de la unión. Se distinguió el gran apóstol San Josafat Kuncevic, natural de Ukrania, arzobispo de Polock, y dedicado totalmente al apostolado en Bielorrusia.

La Bielorrusia adjudicada a Rusia en los repartos de Polonia

Los repartos sucesivos de Polonia, adjudicaron a Rusia los territorios de Bielorrusia, o Blanco-Ruthenia, o Rusia Blanca. Tan sólo el distrito de Biarystock perteneció a Prusia de 1795 a 1807. En el 1799 se instituía la Eparquía de Suprasl, que desde el 1807 quedaba anexionada a la de Brest. Los uniatas incorporados a Rusia, comenzaron a sentir dificultades por parte de las autoridades estatales, que intentaban liquidar la existencia de la Iglesia uniata.

Así, por ejemplo, el acuerdo concluido el 24 de febrero de 1768 entre Polonia y Rusia, en la cuestión de los «disidentes» (ortodoxos), y los protestantes. Según él, Rusia exigía de Polonia no sólo que reconociera iguales derechos a los ortodoxos, sino incluso que se comprometiera a restablecer la Ortodoxia en el mismo estado en que se encontraba en 1686. Lo que significaba que todas las diócesis e iglesias de Ukrania y Bielorrusia, que habían seguido en la Ortodoxia hasta ese año 1686, deberían ser cedidas a la Iglesia oficial ortodoxa. Entre estas diócesis había que contar a las de Leopold, Peremysl y Luck, que habían aceptado la unión después de aquella fecha.

Una persecución infundada

Aún más, la emperatriz Catalina no se contentaría tan sólo con este protocolo diplomático. Previendo que la ejecución de estas decisiones levantaría una oposición cerrada por parte de los partidarios de la unión, ideó otros medios diversos, por los que pudiera llegar a su fin. Con ayuda de mercenarios a sueldo, lanzó a los ortodoxos contra los uniatas, cayendo en la refriega un crecido número de éstos. Esta matanza es conocida en la historia con el apelativo de «haydamaczyna», o matanza de Umán. «No

es posible decir —escribía el nuncio a Roma relatando estas matanzas— qué otra época haya visto mayores crueldades que ésta, en la que los insurgentes asolaron el territorio de Ucrania. Unas 40.000 personas vinieron a perecer como consecuencia de esta matanza. Por todas partes podían verse monasterios destruidos, pueblos incendiados, llanuras desiertas cubiertas de cadáveres. Antes de las matanzas había unas 1.900 iglesias parroquiales, pertenecientes a la Metropoliá uniata, toda Ucrania reconocía la Unión a excepción de unas 15 ó 20 iglesias ortodoxas. La revolución de 1768 privó de sus pastores a un elevado número de iglesias, asesinados por los bandidos o expulsados del territorio. El obispo ortodoxo de Perejaslaw aprovechó la ocasión para sustituirlos por sus criaturas. Y cuando se restableció la calma y regresaron a sus hogares los fugitivos, encontraron ya instalados en sus casas a otros huéspedes, que no les permitieron tomar posesión de sus antiguas propiedades. El ejército ruso ayudaba a los intrusos, y trataba como enemigos a los uniatas, persiguiéndolos, apresándolos, o expulsándolos de sus propias casas³.

De este modo iba destruyendo Rusia la unión pactada en Brest, dentro de los territorios ucranianos hasta entonces dependientes del Estado polaco. Nada, pues, tiene de extraño, como veremos, que en los repartos de la antigua Polonia, estos territorios pasaran a Rusia, y ésta se apresurara a terminar definitivamente con todo rastro de la Unión. El plan quedó totalmente realizado después de los repartos de 1793 y 1795.

Es cierto que a raíz del primer reparto, cuando tan sólo pasaron a Rusia una parte de la Rusia Blanca (Bielorrusia) y la sola diócesis de Polock, las autoridades rusas ofrecieron garantías a los uniatas para que siguieran practicando su culto unido. El tratado llevaba fecha de 18 de septiembre de 1773. Papel mojado en la realidad, pues Catalina II publicó en seguida un ukase imperial, según el cual, al retirarse de una parroquia uniata, o morir, el sacerdote que la cuidaba, debería interrogar a los fieles para saber si querían tener en adelante un sacerdote ortodoxo o uniata, de modo que la autoridad competente pudiera proveerles de uno u otro. Y resulta que los interrogados no serían precisamente los mismos fieles, sino los empleados gubernamentales escogidos por el gobierno mismo entre los ortodoxos. Naturalmente éstos se inclinaban por un sacerdote ortodoxo. Como consecuencia de esta medida, la archidiócesis de Polock vino a perder en solo

³ Véase POPOWICZ, *l. c.*, 15.

el curso de tres años (1781-1783), cuando la misma sede estaba vacante, hasta unas 800 iglesias y unos 100.000 fieles.

Estos mismos derechos y garantías les fueron reconocidos por Rusia a los uniatas con ocasión del segundo reparto de 1793, y por acuerdo firmado en Grodno el 13 de julio. El artículo VIII de ese acuerdo lo recogía expresa y solemnemente. Se comprende que la política de la emperatriz siguiera el mismo camino o línea que había seguido hasta allí, en relación con sus nuevos súbditos uniatas. Ya ese mismo año reunía en Petersburg una conferencia secreta, recomendando a su ministro Alexis Pouchkine que tratara sobre el tema siguiente: «los medios más aptos para hacer pasar a la Ortodoxia a todos los uniatas». Se decidió la creación de una misión ortodoxa entre ellos bajo la dirección de un obispo ruso. Pero en todo caso se quería justificar ese paso del uniatismo a la ortodoxia. Y se halló el pretexto más adecuado: los acusó de haber participado en la insurrección de Kosciuszko contra el Estado ruso. Pues bien, a fin de que Rusia pudiera contar con la fidelidad de los habitantes ucranianos pasados a su dominio, era necesario que todos ellos pasaran también a la ortodoxia.

Se creó, efectivamente, la misión propuesta. A su frente puso el Gobierno ruso al arzobispo de Minsk, Víctor Sadkowkyj, con 20.000 rublos anuales para cubrir gastos. A los rublos se unirían los soldados, pues los comandantes de las guarniciones recibieron órdenes de poner a su disposición también algunos soldados, para llevar adelante el movimiento de anexión religiosa. Los «misioneros» ortodoxos se repartieron inmediatamente por las diócesis uniatas de Volhynia, Polesia, y el territorio de Chelm (diócesis de Luck, Vladimir, Pinsk y Chelm). Y con los «misioneros», los correspondientes soldados. El método era bien sencillo: tan sólo bastaba que en una población determinada, unos cuantos aislados manifestaran su voluntad de pasar a la ortodoxia, para que inmediatamente tomaran los «misioneros» posesión de las iglesias, colocando un sacerdote ortodoxo en lugar del existente uniatas. Este sería enviado al destierro, lo mismo que muchos de sus fieles, cuando se oponían a las decisiones del Gobierno.

De la región de Ucrania hemos dado ya los correspondientes datos históricos y geográficos. Unos datos ahora nada más sobre otra región de Bielorrusia. También se la conoce con los nombres de Rusia Blanca, Ruthenia Blanca. Hasta el siglo XII se llamó Kryvia, o Kryvicy, y desde el siglo XVIII aparecía en los mapas con el nombre de Litva. La Bielorrusia etnográfica, pues desde el punto de vista político nunca ha llegado a formar un

Estado independiente, es donde vive la mayoría de los bielorrusos, y ocupa un territorio de 380.000 kilómetros cuadrados, limitando al Este con Moscovia (Rusia), al Oeste con Polonia, al Norte con Lituania, Letonia y Estonia y al Sur con Ucrania. En ese territorio pueden vivir unos 20.000.000 de habitantes, de los que unos 17.000.000 son bielorrusos propiamente dichos y el resto de otras nacionalidades: rusos, polacos, judíos, tártaros, lituanos, etc. Desde el punto de vista religioso la región bielorrusa se compone de ortodoxos en un 65 por 100, católicos en un 30 por 100, y de un 5 por 100 de otras religiones varias. Las ciudades más importantes dentro de su territorio pueden considerarse: Minsk, como su capital, Vilno, Hrodno, Bielastock, Brest-Litowski, Pinsk, Homel, Mahilou, Bransk, Smolensko, Vitebsk, Polock, Babruisk, Vilia, Slucak, etc. El pueblo bielorruso pertenece a la familia general eslava, con una fuerte mezcla de elementos bálticos, y es la nación más antigua que conserva totalmente su carácter eslavo: tranquilo y laborioso, de aspecto rubio y de ojos azules, sin ninguna influencia de fuera, como a la que fueron sometidos los moscovitas (rusos) por los tártaros durante trescientos años, y que dejaron en ellos una señal evidente mongólica. La historia política de Bielorrusia ha estado siempre mezclada con la de Ucrania, Rusia, Lituana y Polonia más principalmente⁴.

Nuevos métodos de persecución

La persecución y el plan de unificación religiosa proseguía aún con otros métodos de nueva invención. En 1795 publicaba Catalina II un nuevo ukase, ordenando que todos aquellos cuyos antepasados habían aceptado la Unión después de 1595 (hacia ya doscientos años), deberían volver a la ortodoxia. Se mandaba además, que se indagase qué iglesias uniatas habían sido construidas en la antigüedad por los ortodoxos, y en caso de haberlo sido, se les quitaba sin más, y se proclamaba a toda la población ortodoxa. Una nueva medida consistía en lo siguiente: para que pudiera existir una parroquia determinada, debería contar al menos con un centenar de casas; si no se llegaba a este número mínimo (como pasaba en tantos pueblecitos de entonces), la parroquia en cuestión quedaba suprimida, si era parroquia uniata, y la comunidad quedaba anexionada a la parroquia más cercana. Fue un

⁴ RYDLEYSKY, L.: *Biélorrusie. Aperçu sommaire de l'Histoire de la Nation biélorrusienne et du Mouvement de Liberation Nationale*, París, 1948, p. 40; *Bielorrusia y los bielorrusos en la República Argentina*, Buenos Aires, 1953, Asociación Bielorrusa en la Argentina, p. 76.

procedimiento que ocasionó enormes pérdidas al uniatismo, hasta el punto de que por él, ese mismo año, unas 2.300 iglesias uniatas quedaron transformadas en iglesias ortodoxas.

Más aún, un nuevo ukase del mismo año 1795, suprimía radicalmente todas las diócesis uniatas entonces existentes en Rusia, entre ellas las dos de la Volhynia, Luck y Vladimir, y la de Pinsk en la Polesia. Se creaban en cambio otras cuatro diócesis ortodoxas: para Podolia, Volhynia, Lituania y Bielorrusia. Así, para 1796, de las 5.000 parroquias uniatas de la diócesis de Kiew, Kamianec, Luck y Vladimir, tan sólo unas 200 seguían reconociendo la unión. En resumen, en los territorios ocupados por Rusia en Ucrania y Bielorrusia, tras los repartos de Polonia, la unión vino a perder bajo el reinado de Catalina II, desde 1773 a 1796, hasta 9.316 iglesias, 145 monasterios de basilianos, y unos 8.000.000 de fieles⁵.

El hijo y sucesor de Catalina II, Pablo I (1796-1801), no fue un adversario declarado de la unión como su madre, y aun se esforzó por reparar en parte los muchos daños causados a los uniatas por ella: cesó la persecución, regresaron de Siberia los deportados, y les fueron restituidos los bienes que les habían sido confiscados. Más aún, a instancias del legado del Papa, Lorenzo Litta, y no obstante la oposición decidida del Sínodo Ortodoxo y aun del obispo católico latino polaco Siestrzencewicz⁶, que deseaba ser designado metropolitano católico de los dos ritos de Rusia, Pablo I decidió restablecer tres obispados uniatas: el arzobispado de Polock, y los obispados de Brest y de Luck. Todos tres pudieron entrar en posesión de muchos de sus anteriores bienes. Lo mismo aconteció a la orden de los basilianos, que pudo recobrar también una parte de sus antiguas posesiones. Esta política de benevolencia para con los uniatas, le valió la enemistad de no pocos adversarios, que al fin consiguieron asesinarle la noche del 11 de marzo de 1801.

Alejandro I, que le sucedió en el trono de 1801 a 1825, fue también favorable a los uniatas, como su padre. Creó un ministerio especial para los católicos, y erigió un colegio eclesiástico para los latinos en Petersburgo, colegio al que quedaban agregadas todas las cuestiones relativas a los uniatas. Estos quedaban en igualdad de condiciones con los católicos latinos; más tarde se desdobló en dos departamentos, uno para los latinos, y otro

⁵ POPOWICZ, l. c., 17-19.

⁶ BRUMANIS ANDRÉ ARVALDIS: *Aux origines de la hiérarchie en Russie*. Mgr. Stanislas Siestrzencewicz - Bohurz, *premier Archevêque-metropolitain de Mohilew*, 1731 - 1826, Louvain, 1968, Bureaux de Recueil, pp. xxxii-387.

para los uniatas. Y en 1806, contra la voluntad del Sínodo ortodoxo y de algunos católicos latinos, erigía una nueva diócesis metropolitana uniata, nombrando para ella como metropolitano a Heraclio Lisowskyj⁷. Para 1825, último año del reinado de Alejandro I, la iglesia uniata tenía en Rusia: cuatro diócesis, un metropolitano, dos obispos, tres obispos auxiliares, un colegio eclesiástico de cinco miembros, cuatro consistorios, tres seminarios diocesanos, 1.476 iglesias parroquiales, 1.985 sacerdotes seculares, 37 monasterios de hombres con 507 monjes, y 10 de mujeres con ocho religiosas; finalmente, 1.427.579 fieles. En la Volhynia particularmente, la Iglesia uniata tenía un obispo en Luck, un obispo auxiliar, un consistorio, 160 iglesias parroquiales, 460 sacerdotes seculares, 22 monasterios de hombres con 266 monjes, tres de mujeres con 14 religiosas, y 111.598 fieles.

Con Nicolás I, sucesor de Alejandro, se abriría en Rusia una nueva ola de persecuciones contra la Iglesia uniata. Se llegaría a la desaparición total de la unión dentro del territorio ruso, al que seguía anexionado el territorio de la Bielorrusia y de Ucrania. Apenas subido al trono, ya en el 1826 publicaba un ukase, prohibiendo el uso de los libros litúrgicos y otras ediciones uniatas. Otro ukase, del 22 de abril de 1828, transformaba toda la organización eclesiástica uniata: de las cuatro diócesis existentes, permanecían tan sólo dos, la de Polock y la de Zyrowyci, en Bielorrusia y Lituania respectivamente. Pero ambas se sustraían a la jurisdicción de la Santa Sede, y se sometían a un colegio eclesiástico especial, que dependía del senado. Los basilianos, por su parte, hubieron de sufrir enormes pérdidas, pues se suprimió un gran número de sus monasterios, y otros recibieron un destino totalmente nuevo.

Pero el golpe mortal sobre la Iglesia uniata lo daría Nicolás I, tras la insurrección polaca de 1831. Ciertamente que los uniatas habían tomado una mínima participación en esa sublevación; pero Nicolás se sirvió de ello como pretexto para llegar a una aniquilación total de la unión dentro de sus Estados. La ortodoxia iría implantándose en Bielorrusia de una manera brutal. Dígase lo mismo para la Ucrania oriental. Con respecto a los basilianos, primero comenzó por ignorarse la dignidad de su provincial en 1832, y con decreto de 17 de julio del mismo año, se suprimía totalmente la Orden, y se confiscaban todas sus posesiones, que pasaban o al Gobierno mismo, o a la Iglesia ortodoxa. Otro decreto del mismo 1832 ordenaba que todos los

⁷ SOŁOWIJ, M.: *De reformatione Liturgica Heraclii Lisowskij*, Roma, 1950, *Analeccta OSBM.*, S. I., n. 2.

niños nacidos de matrimonios mixtos habían de ser educados por los ortodoxos. Otro especial prohibía a los sacerdotes latinos administrar los Sacramentos a los fieles uniatas, ni aun en casos de extrema gravedad. Por otro se prohibía bajo penas severísimas toda participación común de católicos latinos y uniatas en los oficios litúrgicos; así a los uniatas se les vedaba frecuentar las iglesias latinas, y a los latinos frecuentar las iglesias uniatas. Ese mismo año quedaban suprimidas las escuelas teológicas uniatas, decidiéndose que en adelante los candidatos uniatas al sacerdocio deberían acudir a la Academia eclesiástica de Petersburgo. Finalmente, otro decreto de este mismo año 1832 anexionaba el colegio eclesiástico uniata al Sínodo ortodoxo, como uno de sus departamentos, de modo que la Iglesia uniata de Rusia (Bielorrusia y Ucrania) venía a quedar bajo el control directo del Sínodo ortodoxo. Entre tanto, la desorganización de la Iglesia uniata proseguía, por una cantidad de determinaciones mínimas, que trataban de acabar definitivamente con su existencia⁸.

La hora definitiva y final iba a sonar ya muy pronto, y esta vez por medio del mismo Episcopado. Lo veremos más detenidamente cuando hablemos de los bielorrusos católicos.

El obispo José Siemasko y la anexión a la ortodoxia rusa

Los obispos uniatas complicados, con una intervención especial del Gobierno, fueron José Siemasko, miembro del Consistorio uniata de Luck, y más tarde obispo de Lituania; Basilio Luzynskyj, administrador de la diócesis de Polock en la Bielorrusia; y Antonio, obispo de Brest. Ellos serían los últimos responsables de la desaparición de la Iglesia uniata en Bielorrusia.

Su actuación decisiva comenzó en 1837. Siemasko y Luzynskyj comenzaron a exigir de sus sacerdotes uniatas que, por documento particular, se comprometieran a no oponerse a cuantos de sus fieles desearan pasar a la ortodoxia. Muchos sacerdotes prestaron el juramento pedido, y ellos mismos pasaron a la iglesia oficial rusa. Otros muchos se negaron en absoluto, quedando estrechamente ligados a la unión. Más de 160 fueron deportados a Siberia. Otros muchos perdieron la vida en los tormentos, y tan sólo unos cuantos consiguieron refugiarse en la Galitzia. Es de advertir que entre los

⁸ Véase Popowicz, l. c., 18-22.

que tuvieron que sufrir por su adhesión a la unión, se encontraba el mismo padre del obispo Siemasko.

Cuando se hubo preparado ya este camino «voluntario» para pasar a la ortodoxia, los tres responsables, Siemasko, Luzynskyj y Antonio, se reunieron en el otoño de 1838 en Polock, y allí redactaron el acta formal de su apostasía, o paso definitivo a la ortodoxia oficial. No pudieron, en cambio, atraer a su decisión al anciano metropolitano José Bulhak, quien, por lo demás, desde hacía algunos años, ya no tenía autoridad jurisdiccional. Muy poco después moriría el anciano metropolitano, y con él desaparecía el último obstáculo que permanecía por parte de la unión. El 12 de julio de 1839 los tres obispos citados publicaban solemnemente el acta de unión de la desaparecida Iglesia uniata a la Iglesia ortodoxa rusa⁹. Quedaba nombrado su metropolitano, con el título de Vilno y de Lituania, el propio José Siemasko, que había preparado tan sagazmente la unión a Moscú. Así hasta la primera guerra mundial y la revolución bolchevique, tras el derrocamiento de los zares.

Nueva autocefalia de la Iglesia bielorrusa

En 1918, Bielorrusia declaraba su independencia por voluntad popular; pero la supresión de esa independencia por los comunistas eliminaba la posibilidad de restaurar la antigua Iglesia autocéfala bielorrusa. Aprovechando, sin embargo, la desorientación de primera hora, la Iglesia bielorrusa reunía a los líderes de la nación en un sínodo nacional. Y se volvió a crear la Iglesia autocéfala bielorrusa, sobre la base del precedente histórico, y según las instrucciones del propio patriarca Tykhon. La misma ayuda les prestaría su lugarteniente el metropolitano Agafangel (Agatángelo), que había facultado a las autoridades religiosas locales para actuar independientemente en caso necesario. Melquisedec (Mikhail Paevsky), obispo de Minsk y Turov era elegido metropolitano. El 23 de julio de 1922, este histórico acontecimiento era anunciado en la catedral de Minsk, para universal satisfacción del pueblo. Al restaurar la Iglesia autocéfala, la Iglesia ortodoxa bielorrusa procuraba aportar una renovación espiritual nacional local, y protegerse de las presiones de la Iglesia rusa rediviva, y de ser destruida por el régimen bolchevique.

En este primer entusiasmo de iglesia nuevamente independiente se insta-

⁹ POPOWICZ, l. c., 21-24.

laron tres obispos bielorrusos en los nuevamente restaurados Obispados: Filaret (Feodosy Ramensky) en el de Bobruisk, Nikolai (Nikolai Shemetilo) en el de Slutsk, y Joann (Ivan Pashin) en el recién creado de Mozyr. Fueron ordenados sacerdotes bielorrusos para realizar tareas religiosas y educativas, y se formaron sacerdotes jóvenes y acólitos. Se introdujo la lengua bielorrusa en los servicios religiosos. Comenzaba una fuerte reavivación de la vida pia-dosa en toda Bielorrusia, con procesiones, oficios litúrgicos, cantos, conferencias de tipo teórico y filosófico. El metropolitano se mostraba como un excelente organizador. Pero esto mismo vino a llamar la atención de las autoridades bolcheviques, y la nueva Iglesia autocéfala bielorrusa comenzaría a ser objeto nuevamente de una sistemática persecución religiosa.

La nueva persecución por parte de las autoridades rusas

El primer golpe consistiría en someter a juicio a su metropolitano y a su clero, por ocultar tesoros religiosos, pedidos para aliviar el hambre de tantos desgraciados de la región del Volga. Se organizó un juicio espectacular en agosto de 1922, que duró varios días. La policía montada tropezaba con grandes dificultades para guardar el orden perturbado por los fieles, adeptos a sus jerarcas. La muchedumbre reaccionaba violentamente ante la injusticia de la acusación lanzada contra ellos, y aplaudía frenética cuando las declaraciones de los testigos revelaban la falsedad de los cargos soviéticos. Total, que el juicio produjo un efecto opuesto, y hubo de suspenderse el juicio y la sentencia preparada contra los encartados, que hubieron de ser dejados en libertad.

Después de este fallido proceso, la Iglesia bielorrusa volvió a florecer aún mucho más. No tardaría en prepararse un segundo golpe, que consistió en una inundación de miembros del clero de la Iglesia rediviva en la diócesis de Minsk. Era en 1924. El metropolitano Melquisedec fue llamado a Moscú, y en la iglesia catedral de Minsk fueron instalados obispos de aquella iglesia por agentes soviéticos y de la GPU. El pueblo opuso resuelta resistencia, en concreto los ferroviarios, muchos de los cuales fueron arrestados y juzgados en juicios espectaculares por las autoridades bolcheviques. Algunos hubieron de sufrir el destierro y la deportación. Los nuevos advenedizos declaraban la creación de una iglesia rediviva autónoma de Bielorrusia. El clero bielorruso se obstinaba en oponerse resueltamente a ella. Muchos sacerdotes fueron separados de sus parroquias. Pero la iglesia rediviva fue condenada por

el patriarca Tykhon, una vez liberado de su encarcelamiento, y esta condena vino a reafirmar la unidad de la Iglesia ortodoxa bielorrusa. La catedral fue purgada de elementos de la iglesia rediviva. El metropolitano Melquisedec envió desde Moscú a su Iglesia bielorrusa una atrevida misiva, fechada el 12 de octubre de 1923, certificando que la Iglesia bielorrusa, lo mismo que el título del metropolitano, no habían sido condenados ni anulados por el patriarca. Poco tiempo después regresaba a Minsk y emprendía la tarea de reavivar la vida religiosa de su Iglesia bielorrusa.

Pero un tercer golpe contra ella consistiría en la detención del propio metropolitano Melquisedec y su deportación a Krasnoyarsk en 1926, rebajándosele al mismo tiempo de rango eclesiástico. En parte se debía a los manejos de Sergio, que prestaba así un primer servicio al Gobierno soviético, aun antes de su abierta declaración de lealtad al mismo, en 1927. Como consecuencia de esta última declaración de Sergio, se inició la más brutal opresión del clero autónomo y de los fieles ortodoxos bielorrusos. Se los acusaba de resistencia a las autoridades legales de la Iglesia, de espionaje en favor de Polonia, de actividades reaccionarias. Todo ello dio ocasión para que se multiplicaran los arrestos, las deportaciones y aun las ejecuciones. Se cerró una buena cantidad de iglesias, y se impusieron pesados tributos. El sustituto del metropolitano desterrado, el obispo Filareto de Bobruisk, trató de mantener la vida religiosa bielorrusa, convocó incluso un Sínodo del clero y del laicado en agosto de 1927, adoptando estatutos para la Iglesia autocéfala bielorrusa que prevenían la libertad de interferencias provenientes de la jerarquía de Moscú. Sería inútil, pues la posición fortalecida del metropolitano moscovita Sergio, la irrupción de la colectivización, y la destrucción del movimiento demócrata nacional en Bielorrusia, harían imposible la continuación de la existencia de la iglesia autocéfala. En la cárcel morirían sus obispos, Joann de Mozuy, Nikolai de Slutsk y Filareto de Bobruisk. En prisión murieron también no pocos de los sacerdotes bielorrusos; otros fueron deportados a Siberia, se cerraron 2.800 parroquias, y se separaron de sus cargos ministeriales a unos 3.600 sacerdotes.

Con objeto de destruir también el prestigio del metropolitano Melquisedec a los ojos de los bielorrusos, se le llevó a Moscú desde su exilio, en 1931, «para tomar parte —según se decía— en la sesión de verano del Sínodo». Pero moría prematuramente el 17 de mayo del mismo 1931, llevándose consigo al sepulcro el secreto de la presión ejercida contra él. En Minsk prosiguió la destrucción de los mejores edificios religiosos, aun de significación

histórica y artística. Fue volada la misma catedral, del siglo xvi, y el solar en que se levantaba quedó baldío, al parecer como símbolo de la iglesia bielorrusa arruinada. La catedral de Ekaterinsk, del siglo xviii, fue convertida en depósito o mercado de hortalizas. El convento de Preobrazhensk se transformó en un club deportivo, después de haber dispersado a sus monjas durante los años de opresión de la iglesia rediviva con su obispo Alejandro Shcherbakov. La misma suerte cupo a otras muchas iglesias de Minsk, Mohilev, Vitebsk, Polotsk, Slutsk, Kolkanov y otras ciudades a lo largo y ancho de la Bielorrusia.

Así terminaba la Iglesia autocéfala bielorrusa, dentro de la misma Rusia. Algo parecido le pasaría a la Bielorrusia adjudicada a Polonia, esto es, la Bielorrusia occidental. Después de la llamada «liberación» de la Bielorrusia polaca por las tropas soviéticas en 1939, las aspiraciones de la Iglesia en pro de la independencia nacional fueron sofocadas una vez más por los esfuerzos conjuntos del Patriarcado de Moscú y de las autoridades soviéticas. Una buena cantidad de sus sacerdotes moriría en diversos campos de concentración o en el exilio siberiano. En 1940 fueron incluso ejecutados no pocos laicos pertenecientes a aquella Iglesia. Se impusieron al clero pesadísimos tributos, y los sacerdotes que se negaban a pagarlos por imposibilidad absoluta de hacerlo, eran arrestados juntamente con los seglares que se dedicaban a reunir fondos para pagarlos. Se cerraron asimismo muchas de sus iglesias. La persecución inexorable estaba en marcha.

La segunda guerra mundial liberó temporalmente a Bielorrusia del dominio soviético, y entonces mismo comenzaba su restauración sobre sus aún humeantes ruinas. En Minsk, la iglesia de San Alejandro Nevsky, en el cementerio militar, sería la primera en abrirse al culto. El pueblo acudió en ayuda de sus sacerdotes y obispos con preciosas contribuciones en iconos, lienzos bordados, alfombras, manteles, biblias, y profusión de flores para el altar. De la Bielorrusia occidental (polaca) llegaba un monje para dirigir los servicios religiosos, que fueron reanudados regularmente. El pueblo bielorruso, tan trabajado por la presión comunista, volvía a dejar sentir y manifestar su hondo sentido religioso. Llegaron a bautizarse hasta 10.000 jóvenes en un solo día.

El 9 de septiembre de 1941 el metropolitano Dionisy de Varsovia convocó un Concilio de toda la Iglesia bielorrusa, la rusa y la polaca conjuntamente. En 1941 y 1942 se designaron tres obispos para las tres sedes bielorrusas. Y entre el 30 de agosto y el 2 de septiembre de 1942 un Sínodo de la Iglesia

ortodoxa autocéfala bielorrusa, celebrado en Minsk, repuso la Iglesia autocéfala suprimida por los sóviets, con el metropolitano Panteleimon a su cabeza. La restauración de la vida religiosa se iba llevando a cabo con dificultad en medio de las operaciones bélicas, de la escasez de materiales de construcción y de mano de obra, y de la complejidad de relaciones entre las fuerzas de ocupación alemanas y los enemigos del movimiento nacional bielorruso. Muchos de los líderes de la vida religiosa y pública de la nueva Bielorrusia irían pereciendo a manos de partisanos soviéticos, organizados en guerrillas, o a consecuencia de falsas denuncias formuladas ante las autoridades alemanas.

A pesar de todo, pudieron restaurarse un buen número de iglesias en las ciudades y centros de distritos. Se ideó la reconstrucción de la catedral de Minsk, como símbolo espiritual de la nación y de la libertad religiosa del Estado bielorruso. Hubo nuevas ordenaciones de sacerdotes y se organizaron cursos de cultura religiosa.

Pero el fin adverso de la guerra invertiría nuevamente el curso de su historia. Una vez más las fuerzas soviéticas invadieron el territorio tras la expulsión de las tropas alemanas de ocupación, y una vez más serían ahogadas todas sus aspiraciones nacionales. El Patriarcado de Moscú volvía a negarse para la concesión de la autonomía de la Iglesia bielorrusa. El clero y pueblo que se negaban a reconocer la fusión de su iglesia con la iglesia patriarcal, fueron cruelmente maltratados por las autoridades soviéticas. Volvieron a repetirse las deportaciones en masa, los encarcelamientos, las ejecuciones. Los partidarios de una Bielorrusia independiente fueron acusados de enemigos del sistema soviético y, en consecuencia, eran perseguidos hasta el exterminio total. Para 1957 no quedaba una sola parroquia libre en toda Bielorrusia, y de las antiguas Eparquías, tan sólo Minsk y Bobruisk permanecían como obispados. En el seminario las clases se explicaban todas en ruso, y para colmo de males, el nombrado metropolitano de Bielorrusia, Pitirim (Sviridov), uno de los clérigos de mayor confianza del Patriarcado de Moscú, estaba promoviendo a pasos acelerados la desnacionalización del pueblo bielorruso, mostrándose como un vigoroso adversario de su pasado¹⁰.

Los obispos de la Bielorrusia independiente hubieron de emigrar para

¹⁰ TEODOROVICH NADEZHDA: «La Iglesia Ortodoxa Autocéfala Bielorrusa», en *Religión y antirreligión en el mundo ruso*, Buenos Aires, 1967, 101-107; HAROSKA LEU: «Religion in Belorussia Today», *Belorussian Review*, 1956, núm. 3, 92-119; MADEY, J.: *Kirche zwischen Ost und West. Beiträge zur Geschichte der ukrainischen und wiesruschen Kirche*, Hildesheim, 1970, Bernwald Verlag, p. 240.

poder salvar sus propias vidas, y se sometían en 1946 al Sínodo de la Iglesia rusa en el extranjero, con residencia en Jordanville (Nueva York, EE. UU.). Otros, con el apoyo de algunos ucranianos, optaron por constituir una iglesia bielorrusa autocéfala en el extranjero. Su jefe espiritual era el arzobispo Sergio Ochotenko. El y otros obispos ucranianos consagraban obispo a Basilio Tomascyk, blancorrutheno, el 19 de diciembre de 1949, que se considera como la fecha de la constitución de la Iglesia autocéfala bielorrusa en el extranjero.

La Bielorrusia polaca u occidental

Esto por lo que respecta a los bielorrusos de la Bielorrusia oriental que había quedado dentro de la misma Rusia después de la primera guerra mundial. Nos queda decir unas palabras de la Bielorrusia occidental, que quedó adjudicada, como consecuencia de esa misma guerra, al nuevo Estado polaco. Estos bielorrusos polacos, con su metropolitano Dionisy Valekiskij de Varsovia, había conseguido en 1924 el *Tomus* de la autocefalia, concedido por el Patriarcado, no de Moscú, sino de Constantinopla. La nueva Iglesia bielorrusa autocéfala polaca quedaba constituida en cinco Eparquías. La Iglesia rusa consideró anticanónico este acto, y después de la segunda guerra mundial, como absorbía una parte del territorio bielorruso polaco, absorbía también a la mayor parte de la Iglesia ortodoxa polaca, dentro de su propia jurisdicción. El metropolitano Dionisy fue depuesto, y moriría el 15 de marzo de 1960. Los ortodoxos que permanecían dentro del Estado polaco recortado después de la guerra, en número de unos 400.000, y bielorrusos en una buena mayoría, reconstruyeron una nueva iglesia ortodoxa polaca, renunciando al *Tomus* constantinopolitano de 1924, y recibiendo ahora la autocefalia del Patriarcado de Moscú, ya que Polonia quedaría bajo la influencia política de Rusia. Les fue concedida en 1948, aunque se les imponía como jefe espiritual al metropolitano ruso Macario Oksiuk, que la gobernó hasta 1960. Luego se retiraba a Rusia, donde moría al fin, el 2 de marzo de 1961¹¹.

En resumen, los bielorrusos de Rusia pertenecen al Patriarcado de Moscú. Los de la Iglesia autocéfala en el extranjero tienen arzobispo propio, no reconocido aún como autocéfalo por las autoridades eclesiásticas rusas. El arzobispo Ochotenko reside en Perth de Australia, y el obispo Tomascyk en

¹¹ Véase *Oriente Cattolico*, Roma, 1962, 181-188.

los Estados Unidos de América, donde tienen varias parroquias. El reside en Brooklin. Hay un tercer obispo, Vladimiro Finkouski, con tres parroquias. Otras tres, las de Manchester y Nottingham, en Inglaterra, y la de Toronto en el Canadá, están sometidas al Patriarcado de Constantinopla.

Finalmente, la Iglesia autocéfala polaca tiene su metropolita en Varsovia con título sobre toda Polonia. Unos 400.000 fieles en cuatro Eparquías: Varsovia-Bielesek, Bialystock-Gdansk, Lodz-Poznan y Wroclaw-Szczecin.

En la diócesis de Chelm

Por lo que toca a los territorios de Chelm y de la Podlaquia, la unión seguiría durante algún tiempo, pero vino a sucumbir también a mediados del siglo XIX.

Después de los repartos de la antigua Polonia, el país o territorio de Chelm quedaba anexionado primero a Austria (1772-1809), y luego al gran ducado de Varsovia (1809-1815), y finalmente a Rusia, a partir de ese mismo año 1815, aunque como parte integrante del Reino de Polonia, creado por el Congreso de Viena, y administrado de hecho por la misma Rusia.

En 1828 la sede de Chelm era separada de la Metropolía de Halyc, restaurada en 1808, y declarada inmediatamente sujeta a la Santa Sede. Esto explica el que la unión pudiera seguir gozando de plena libertad hasta 1830. Tan sólo desde esta fecha en adelante comenzaría Rusia a dejar sentir su influjo en la vida religiosa de la diócesis.

Ya en 1836 el presidente de la comisión de las confesiones religiosas extranjeras, Chipov, exigía del obispo greco-católico de Chelm, monseñor Szumborskyj, la introducción del misal editado en Moscú el año 1831, para el uso litúrgico de su diócesis. El obispo se opuso decididamente. Nuevas exigencias por parte del Gobierno ruso en la utilización de determinado personal para el servicio diocesano, y en la introducción de determinadas reformas litúrgicas, que el mismo pueblo rechazaba. En 1838 comenzaba el ataque contra los basilianos, pues se trataba de imponerles un general de la Orden a la medida del propio Gobierno ruso; se llamaba Bilewycz. Los basilianos se negaron a aceptar tal candidato. Fue a partir de 1839 cuando ya Rusia se empeñó en arruinar en la diócesis de Chelm la unión. Primero comenzó exigiendo del obispo que enviara a cuatro candidatos al sacerdocio a la academia teológica eclesiástica de Kiew. Como el obispo respondió

con la negativa, se le prohibía enviar sus seminaristas a la academia católica de Varsovia, donde tenía incluso diversas bolsas de estudio. Luego se le quería exigir que entregara a los ortodoxos la iglesia de Zamosc, donde se había desarrollado el famoso concilio provincial el año 1720. Nueva negativa por parte del obispo Szumborskyj, quien en 1840 era convocado a Petersburgo, donde por todos los medios se procuró su agregación a la Iglesia ortodoxa. También en vano.

No se atrevía por entonces el Gobierno ruso a imponer otros procedimientos más draconianos, pues su actuación con el resto de la Iglesia uniata en Bielorrusia y en Ucrania, había levantado una ola de protestas en todo el mundo civilizado. Ahora trataban más bien de hacer ver, que los mismos uniatas pasaban «de su propia voluntad» a la ortodoxia. Por su parte, la población greco-católica de Chelm seguía aferrada a su unión romana, y antes que pasar a la ortodoxia, prefería abrazar el rito latino.

Pero como las presiones seguían, en 1841 el obispo Szumborskyj hubo de retirar del gobierno de los basilianos al P. Dombrowskyj, y darles como nuevo provincial al ya citado P. Bilewycz, afecto al Gobierno ruso. Al morir en 1851 el obispo Szumborskyj, fue nombrado administrador de la diócesis Juan Teraszkewycz (1851-1853); y consejero del administrador, Juan Potij, éste una verdadera criatura del Gobierno. Potij había de jugar en Chelm el mismo papel que había jugado Siemasko en Volhynia y Bielorrusia. Así se proseguía incansablemente el plan de una integración de la diócesis uniata en la ortodoxia rusa. En 1852 y 1853 exigió el Gobierno ruso al obispo Teraszkewycz, el envío de un determinado número de clérigos a las academias eclesiásticas ortodoxas de Moscú y de Kiew; ante la negativa del obispo, quedarían reclutados en calidad de soldados. Huyeron todos ellos al extranjero. Nuevas exigencias en el mismo sentido el año 1855. Nueva negativa del obispo, y nueva orden gubernamental para enrolarlos en el ejército. Se siguió una pausa de tranquilidad, después de la muerte de Nicolás I, pero las presiones recomenzarían con la subida al trono de Alejandro II. Ante todo, se impuso como obligatorio en todas las escuelas de la diócesis un catecismo redactado por los ortodoxos. El seminario diocesano de Chelm fue sometido a una nueva reorganización: ya no dependería directamente del obispo uniata, sino del Gobierno imperial.

A la muerte del obispo Teraszkewycz tomó el gobierno de la diócesis su auxiliar Juan Kalynskyj. Era en 1863, cuando estaba a punto de estallar

una nueva revuelta contra el Gobierno ruso. Precisamente aprovecharía esa circunstancia el mismo Gobierno, para acabar con la unión en la diócesis de Chelm. Lo pondría en ejecución el conde Czerkaski, presidente del Departamento uniata de Varsovia, y enemigo declarado de la unión. Con fecha 30 de junio de 1864, un ukase real retiraba al obispo uniata de Chelm, toda jurisdicción, pasando todo el clero diocesano a depender de la Comisión gubernamental de Asuntos Eclesiásticos. En adelante ya no podría ningún sacerdote, ni ser retirado, ni ser nombrado para una determinada parroquia, sin el asentimiento de esta Comisión. Se construyeron 30 iglesias nuevas ortodoxas, y ese mismo año 1864 otro ukase imperial suprimía en Chelm y Podlaquia los cuatro últimos monasterios basilianos que aún quedaban: los de Chelm, Zamosc, Lublin y Bila. Tan sólo quedaba subsistiendo el de Varsovia. Los sacerdotes que no querían seguir el dictado del Gobierno, fueron retirados de sus cargos y depuestos.

La situación iba agravándose de día en día. El administrador de la diócesis, Kalynskyj, desplegaba todos sus esfuerzos para salvar la unión, en cambio el Gobierno ruso trataba de aniquilarla. Ante todo, no permitió que Kalynskyj fuera consagrado obispo, por lo que los seminaristas que habían acabado sus estudios, hubieron de ser ordenados en Leopold o en Uzhorod. Por fin, en fecha 3 de octubre de 1866 ordenaba el Gobierno ruso la detención de Kalynskyj enviado desterrado a Wiatka con algunos de sus colaboradores. La administración de la diócesis se confió entonces al canónigo Wojcicki, partidario decidido del Gobierno ruso. Así lo demostraría en la primera carta pastoral dirigida a sus fieles. Comenzaba criticando a su predecesor, y se rodeó de sujetos adeptos a Moscú, como Felipe Diaczan y Marcelo Popel. Ellos serían más adelante los responsables de la anexión a la ortodoxia rusa. Cuando llegó a Roma la noticia de la muerte del administrador propio Kalynskyj, y la designación para Chelm de Wojcicki, escribió Pío IX una encíclica sobre la situación de la iglesia de Chelm, y excomulgando expresamente al intruso Wojcicki. También se levantó contra él el clero diocesano, pero fueron arrestados 14 de sus sacerdotes.

A medida que iba decayendo la unión, iba tomando cuerpo la ortodoxia. Cuando no se podía de otro modo, se empleaban métodos violentos. A pesar de todo, y gracias a los esfuerzos de la Santa Sede, en 1868 se llegó al nombramiento de un obispo propio, aceptado esta vez por el Gobierno; era el galitziano Miguel Kuzemskyj; fue consagrado por el metropolitano de Leopold.

Ciertamente, se encontraba en una situación verdaderamente difícil. No se trataba ya de restablecer la vida de la diócesis al estado en que estaba antes de la persecución. Al menos se contentaría con detener los progresos hacia la defección. Pero nada podría ya hacer, pues el Gobierno ruso seguía con sus planes de destrucción, y cuando el Gobierno le imponía a Marcelo Popel, totalmente entregado a la ortodoxia, decidió abandonar el territorio de Chelm y refugiarse en la Galitzia. Era el año 1871.

Tomó entonces Marcelo Popel, en nombre del Gobierno, la dirección de la diócesis, y a partir de este momento podemos decir que comenzaba ya la última agonía de la unión. Popel comenzó su labor premeditada. Ante todo, comenzó descartando de la iglesia greco-católica todo aquello que la diferenciaba de la ortodoxa. En 1871 mismo mandaba quitar del *Credo* las palabras del Filioque, y abrogaba las fiestas de la Inmaculada Concepción, del Corpus Christi, y de San Josafat; prohibió el uso de campanillas en el servicio del altar y las genuflexiones tan propias de la Iglesia occidental; y ordenaba que en la Misa se hiciera mención del Santo Sínodo, en vez del Papa de Roma. El Misal ortodoxo se hacía obligatorio en todas las iglesias de la diócesis.

Muchos sacerdotes se opusieron a estas imposiciones. Entonces el Gobierno ruso decidió emplear la fuerza. Los que se resistieran serían entregados a los jueces militares, y en caso de necesidad se haría uso incluso de las armas. Había llegado ya el último momento de la unión. En marzo de 1874 fueron detenidos 43 sacerdotes uniatas y encarcelados, otros 22 se refugiaron en la Galitzia, muchos otros serían deportados al interior de Rusia o a las estepas siberianas. Tampoco faltaron los tormentos y aun la muerte, incluso por parte de algunos fieles, que se oponían a las medidas gubernamentales. Así, en el territorio de Chelm y en Podlaquia, comenzaron, o mejor, continuaron corriendo la sangre y las lágrimas. Luego comenzaron a forzarse firmas de paisanos, pidiendo la unión a la Iglesia ortodoxa; firmas que en mayo de 1875 se hacían llegar al zar en Petersburgo. Así se llegó al Acta de Unión, «voluntaria» según el documento, de la Iglesia uniata de Chelm y de Podlaquia con la ortodoxa rusa¹².

Sobre la acción de las autoridades rusas en la Galitzia (Ukrania occidental) y en la Subcarpacia, hablaremos más detenidamente en los capítulos de

¹² POPOWICZ, l. c., 26-31.

ANGEL SANTOS HERNÁNDEZ, S. J.

Polonia y Checoslovaquia. Por lo que toca a todos estos ruthenos de la Bielorrusia, Ucrania y demás países limítrofes, tras la desaparición de la Iglesia uniata, quedaron todos ellos enrolados por la fuerza dentro de la única Iglesia ortodoxa rusa, y así siguieron hasta la caída de los zares, como consecuencia de la primera guerra mundial. Estamos ya en 1917.

ANGEL SANTOS HERNANDEZ, S. J.

CRONOLOGIA

